

La Marcha Vertiginosa del Conocimiento

Discurso en Acto de Graduación de alumnos de postgrado de la Facultad de Ciencias Sociales

Quisiera, ante todo, pedir excusas a todos los presentes por el título con el que esta intervención ha sido anunciada. Se trata de un título grandilocuente y pretencioso, publicitario antes que conceptual, y más que enterarlos del contenido, cumple el papel tal vez sospechoso de una figura pirotécnica destinada a atraer vuestra atención. La excusa que pido tiene que ver, por supuesto, con el hecho de haber intervenido activamente yo mismo en la formulación del mencionado título.

La expresión '*marcha vertiginosa*' tiene que ver, naturalmente, con velocidad, una categoría de corte cuantitativo. Una cierta tradición esencialista nos ha mal acostumbrado a creer que nada muy serio puede esperarse de meras consideraciones cuantitativas. Y en particular, siempre en el espíritu de esta tradición esencialista, sería sumamente temerario sostener que el aumento de velocidad en un proceso cualquiera pueda generar consecuencias cualitativas. La idea de que el aumento de velocidad en el desarrollo de una función provoque consecuencias culturales de gran relevancia es una concepción de data más reciente y ha encontrado una formulación sistemática con el pensador canadiense Marshall McLuhan (McLuhan 1964).

¿Qué consecuencias puede significar un aumento de la velocidad en la forma como se produce, se distribuye y se almacena conocimiento? Se ha afirmado que en los últimos 30 ó 40 años se concentra una cantidad de hombres de ciencia equivalente al 99 del total de los hombres de ciencia habidos en toda la historia humana. Cabría inferir, en apariencia, que semejante proporción debiera expresarse en un aumento sustantivo de la producción de conocimiento. El aumento de la velocidad de esta producción queda a la vista con la desolada constatación de un experto en una sub área de la física actual que admitía no poder leer todas las revistas de su especialidad que se estaban produciendo trimestral, semestral y anualmente. Sospechaba, pues, y uno diría razonablemente, que semejante carencia podía tener serias consecuencias para su credibilidad y competencia intelectual. He aquí, entonces, una eventual consecuencia cualitativa del simple aumento en la cantidad de publicaciones.

En las primeras décadas del siglo, el psicólogo Otto Rank renunció a continuar publicando con el argumento de que ya había demasiada producción como para que en una sola persona pudiese converger todo ese saber masivo. Si esto era realidad hace 50 años, debería serlo con mayor razón en nuestros días. Parece sensato concluir que no hay mente individual que pueda hacerse cargo del saber disponible.

Ahora bien, dediquemos algo de atención a la idea de '*saber disponible*'. Sin duda, se trata de saber disponible. Cualquiera que esté experimentando en los tiempos recientes, por ejemplo, la navegación en Internet sabe que se trata de saber disponible. Sólo que habría que agregar otro juicio importantísimo: no hay modo de aprovecharlo, porque no hay tiempo posible de recorrerlo todo, de abrir cada página web no ya de todos los temas sino, solamente, de aquel tema que nos interese en particular en un momento determinado. Así, pues, estamos fatalmente condenados a una dosis irreductible de ignorancia, lo cual volvería inútil todo saber imposible de ser utilizado. Esta es otra consecuencia cualitativa del aumento de conocimiento y de la velocidad de su transmisión.

Consideraciones de este tenor deberían empujarnos a una conciencia escéptica, llena de severas dudas sobre la esperanza de enriquecer nuestra comprensión del mundo y de los seres que lo habitan. Para nuestro consuelo hay otras consideraciones que apuntan en la dirección exactamente contraria a las anteriores. En lo que hemos dicho hay un supuesto que, de no ser explicitado, puede llamar a confusión. Cuando afirmamos que hay un aumento formidable en la producción de saber, estamos implicando que se trata de resultados epistemológicamente equivalentes, esto es, de saber de calidad intrínseca semejante. Es perfectamente posible que se trate de resultados de valor muy desigual. Tal conclusión ha sido formulada abiertamente por el matemático René Thom.

Permítaseme citar lo:

"Las estadísticas ponen bien de manifiesto que ha habido más científicos desde 1950 en adelante que en toda la historia precedente de la humanidad. ¿Podemos por ello afirmar que el progreso que ha aportado esta leva masiva de científicos es comparable a los esfuerzos que la humanidad ha consagrado a la empresa científica en el pasado? En absoluto. Se ha producido un estancamiento en el crecimiento después de los años cincuenta... Si es cierto que la inflación experimental de la ciencia moderna ha llevado a un desarrollo considerable de la producción científica, hay que admitir sin embargo que gran parte de esta producción carece hoy de interés. Basta echar una ojeada a periódicos científicos como Nature o Science para darse cuenta de la escasez de consecuencias que se derivan de los resultados principales que se nos comunican. La ciencia moderna, en el punto en que se encuentra, es un auténtico torrente de insignificancia."

Finalmente, René Thom concluye con un juicio lapidario: "*La investigación científica ha entrado en un período de rendimiento decreciente.*" (Thom 1993)

Thom está sosteniendo que esta insignificancia es correlativa de una carencia de concepciones teóricas generales. Evidentemente este es el remate de un hasta aquí imparable proceso de especialización y subespecialización temática en el seno de las disciplinas. Estas agudizaciones de la mirada parecen estar conduciendo a callejones sin salida, caminatas incapaces ya de rehacer el sendero que las trajo hasta este punto. En lo fundamental, estas subespecializaciones constituyen monólogos conceptuales reafirmados con frecuencia por la necesidad de una identidad académica o profesional diferenciada. Se ha hipotetizado recientemente que, en último análisis, lo que estos minidiscursos subtemáticos están obrando es lisa y llanamente la pulverización de las disciplinas mismas, la liquidación de las viejas

fronteras epistemológicas y la lenta aparición de un escenario intelectual impensado. En esta nueva probable escenografía, decirse sociólogo de la religión, politólogo, psicólogo organizacional, hermeneuta, fenomenólogo, constructivista o interaccionista, constituirá una clase de barbarie.

No debíamos olvidar el procedimiento que está a la base de la constitución de cualquier disciplina o área del saber. El objeto de una ciencia se determina por abstracción y descontextualización, operando con un principio básico de economía intelectual. No hay modo de tener una ciencia única, una sola ciencia, o esa ciencia unitaria con la que soñaban los positivistas lógicos y antes, a su modo, los hegelianos, cuyo objeto es toda la realidad, sin excepciones. La imposibilidad de abarcarlo todo inicialmente empuja a la alternativa de abarcar algo particular. Pero esta es una estrategia intelectual, no una definición metafísica. La decisión de optar por un objeto particular de estudio, abstrayéndolo de sus interacciones con la totalidad de lo existente, se toma en la convicción de que, en algún punto futuro, ocurrirá una convergencia global en la que vendrán a integrarse todos los saberes particulares. De lo contrario, lo que tenemos a la mano siempre es una irremediable fragmentación, un desafinado coro de monólogos, con el agravante tan familiar a nosotros de la tendencia imperial de cada disciplina, que se expresa en la subestimación de las restantes y en una sobrestimación de sí misma. Está claro, a estas alturas, que la prolongación indeterminada del saber producido por disciplinas fragmentarias no conducirá jamás a integración intelectual de algún tipo, a menos de cuestionar severamente la noción misma de disciplinas particulares. Una disciplina, repitámoslo, es una estrategia intelectual, no una finalidad en sí misma. Todos los sacrificios consumados en el altar disciplinario constituyen atentados contra la aspiración a un conocimiento de mayor amplitud.

La saturación cuantitativa de saber irrelevante tiene, por otra parte, una implicación cualitativa mucho más significativa aún y que podríamos denominar en primera instancia como la *desacralización* de la ciencia. La implacable y no poco exitosa crítica del mito y la religión acometida por el gesto científico moderno, produjo un traspaso fundamental de responsabilidades para las que la propia ciencia no tenía ni entrenamiento ni vocación, por más que sus cultores más entusiastas los ilustrados y los iluministas aseguraran de su mano la obtención final de la verdad y la resolución eficiente de los males de una sociedad humana defectuosa. La ciencia parece haber sido más eficaz en destruir las viejas confianzas que en construir otras igualmente creíbles, simplemente porque su solazamiento en el carácter provisional de todas las afirmaciones jamás podrá constituir la fórmula para la estructuración de una convivencia cualquiera. Como se sabe, no es posible la existencia de una sociedad congruentemente escéptica.

¿Debemos, pues, volver a golpear a las puertas del mito y de la fe? Pero, más que eso, ¿es realmente lícito que debamos elegir? ¿se trata, realmente, de disyuntivas? ¿Estamos condenados a una fe inevitablemente supersticiosa y a una razón fatalmente fragmentada? Tal vez, uno de los precipitados éticos e intelectuales de la atomización contemporánea del conocimiento radica en la convicción de que debíamos rescatar nuestra sed de comprensión desde las prisiones de las disciplinas, las fronteras rígidas, las dicotomías dogmáticas, los falsos dilemas. Las antítesis de lo subjetivo y lo objetivo, de lo cuantitativo versus lo cualitativo, de explicación versus comprensión, de lo teórico versus lo empírico, de lo individual versus lo grupal, de lo psicológico versus lo social, y, por supuesto, la gran dicotomía entre ciencia y no ciencia, todo ello ha pasado a constituirse en un conjunto de trampas, de equívocos

para el pensamiento. He aquí a la ciencia exhibiendo sin pudor sus propias supersticiones.

Pudiéramos aspirar, pues, a un delicado aunque precario equilibrio entre el anhelo de sentido y la sed de conocimiento, una conciliación siempre repensable, hecha de matices y de compromisos vueltos a formular una y otra vez. Para hacer epistemología-ficción, pudiéramos aspirar a un matrimonio razonable, con divorcios negociados, entre una fe más vulnerable a la lucidez y un conocimiento no exento de ternura.

Todo lo cual no exime a nadie de saber, de aumentar su saber, eventualmente, aplicarlo en beneficio de sus semejantes.

Bibliografía

McLuhan, Marshall. Comprender los Medios de Comunicación. (1964). Editorial Paidós. Barcelona. 1996.

Thom, René. La Ciencia y el Sentido. Incluido en Preta, Lorena (Edit). Imágenes y Metáforas de la Ciencia. Alianza Editorial. Madrid. 1993.

Edion Otero Bello

Licenciado en Filosofía, Universidad de Chile. Profesor Asociado en el Programa de Magister en Educación, Universidad de Chile. Especialista en Epistemología de las Ciencias Sociales y Teoría de la Comunicación. Vicedecano Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile.